

**Velázquez Morlet, Adriana (comp.),  
Guardianes del Tiempo,  
UQROO, CONACULTA-INAH,  
México, 2000, 129 pp.**

Ma. Paloma Escalante Gonzalbo\*

Lugar de mitos, lugar de historia, lugar del que la historia de México, sin embargo, ha prescindido durante siglos "¿Qué puede haber allí? Sólo hay selva y mosquitos, lejos de todo, apenas poblado[...]" Frontera en el sentido más completo del término, el estado de Quintana Roo se ha visto históricamente marginado en casi todos los aspectos del desarrollo económico, histórico, social, cultural, quienes han ido llegando a estas tierras por los más diversos motivos, han tenido que ser siempre pioneros y desafiar en muchos sentidos, la adversidad y las muchas dificultades que el abrir brecha presenta. El trabajo de los arqueólogos no es una excepción y estas tierras tradicionalmente remotas e incomunicadas fueron dejadas de lado hasta hace pocos años.

Según plantea Adriana Velázquez Morlet en la introducción de este importante libro, se habían elaborado teorías sobre el poblamiento y la historia de los mayas peninsulares a partir de las investigaciones realizadas en el norte de la península, o las realizadas en Tikal y el Petén en Guatemala, que consideraban ambos desarrollos como aislados.

Trabajos de mayistas tan importantes como Silvanus Morley explican la historia maya de la región hablando de las dos grandes etapas, la del poblamiento de las tierras bajas del sur, el "Viejo Imperio", en el área de Tikal, Palenque y Copán, y un "Nuevo Imperio" en desarrollos tardíos del norte como Chichen Itzá. Al Sur de Campeche y a Quintana Roo les correspondía en estos planteamientos un papel totalmente marginal. En realidad, nadie se había aventurado a averiguar qué era lo que había en estas regiones de selva de difícil acceso.

El libro que compila Adriana Velázquez Morlet, nos presenta trabajos de investigación de un grupo de arqueólogos que en menos de una década han ido descubriendo algunas de las zonas arqueológicas en el sur del estado de Quintana Roo, enormes descubrimientos en realidad — en particular para el conocimiento de la cultura maya —, que, además, vienen a cuestionar algunas de las teorías sobre el desarrollo de la cultura y la región maya conocidas hasta ahora.

Haciendo hablar a las piedras por tantos años silenciosas, apoyados en hallazgos de

\* Centro INAH-Quintana Roo.

otros elementos, como utensilios cotidianos y restos óseos, y en las fuentes históricas disponibles, Adriana Velázquez, Enrique Nalda, Ma. Eugenia Romero, Fernando Cortés de Brasdefer, Hortensia de Vega Nova, Francisca Rosas Sánchez y Teresa Ontiveros Ortiz, nos acercan a un mundo insospechado de mitos, de leyendas, de historia y de vida.

Los trabajos aquí presentados, frutos de concienzuda investigación, van abriendo la puerta de nuevas teorías e interpretaciones sobre la cultura maya; estudios que no se aventuran sino esbozan, no hacen especulaciones sino, simplemente, presentan la evidencia de los restos encontrados y, apoyados por la historia, apuntan hacia los nuevos derroteros que poco a poco irá siguiendo la investigación sobre la zona y esta cultura.

En el capítulo I, "Kohunlich. Mitos y reflexiones sobre historia prehispánica", Enrique Nalda y Adriana Velázquez cuentan la historia de la investigación arqueológica en Kohunlich. Comienzan explicando algunos mitos existentes sobre el lugar, generados a partir de la escasa investigación previa al año 1993, cuando se comienza a desarrollar el proyecto al que pertenece este artículo. Explican las dificultades de acceso a la región y cómo, precisamente las primeras investigaciones desarrolladas en 1912 y 1932 particularmente, no hacen sino desviar el posible interés al referirse a los hallazgos en la zona como elementos de escasa importancia, marginales con respecto a las grandes regiones como Tikal o el Petén. Las investigaciones de 1937 y 1938 realizadas por César Lizardi en la Expedición científica mexicana, comienzan a dar cuenta del sur de Quintana Roo, donde las zonas como Dzibanché presentan, en las estructuras de origen más tardío, un componente arquitectónico similar al de las culturas del norte de Yucatán. Después se descubrió un paralelismo en las fases más tempranas con el estilo Petén. Este tipo de descubrimientos muestran la permanencia de la población de la región a lo largo de las distintas etapas de la cultura maya a lo largo de la península de Yucatán y el norte de Guatemala y Belice.

Entre 1968 y 1976 se comienzan a desarrollar nuevamente investigaciones en la región. En el caso de Kohunlich, fue en 1968 cuando Víctor Segovia inicia los trabajos de desmonte y conservación, tras una denuncia de saqueo hecha por campesinos de la localidad. Con la cual se descubrieron los importantes mascarones de argamasa de Kohunlich, que se han convertido en símbolos de la región; sin embargo, las investigaciones se detuvieron y apenas en 1993 se comenzó a desarrollar el proyecto del que hoy da cuenta Adriana Velázquez y Enrique Nalda.

Poco a poco, en el lento trabajo de excavación, análisis y reconstrucción, se han ido obteniendo resultados aún no acabados, en principio registran un área densamente poblada con fronteras muy difíciles de definir—o que quizá no existieron—entre un sitio y otro. Además está poblada y cubierta de construcciones que siguen un patrón de asentamiento diferente a los conocidos, en éstas no se sigue el ordenamiento en torno a ejes simétricos que es común encontrar en otros lugares.

Por la antigüedad y las características y funciones supuestas de las estructuras encontradas, se va esbozando la historia del sitio y así podemos imaginar la que fuera la

vida diaria de esta población que, aparentemente comienza a padecer una seria crisis hacia finales de 860 de nuestra era, para ser abandonada entre el año 1000 y 1050.

En el capítulo II, "Dzibanché. Un primer acercamiento a su complejidad", Enrique Nalda nos pone en contacto, no sólo con la historia rescatada del mayor de los asentamientos encontrados en el sur de Quintana Roo, sino con la aventura de la arqueología y las múltiples investigaciones, análisis y consideraciones que se siguen para llegar a datos y conclusiones en este quehacer.

Lo primero que llama la atención es confirmar la idea de que fue una región densamente poblada a partir de Preclásico, sobre todo durante el Clásico y hasta el Clásico Tardío, y que si bien hay paralelismos y pruebas de contacto de estas zonas de Quintana Roo con los desarrollos del norte de Guatemala como Tikal, no se encuentra ningún indicio de que hayan sido grupos subsidiarios de aquél, sino poblaciones con un centro y organización propias.

A diferencia de Kohunlich —que por ahora se nombra sólo con el apelativo que se refiere al lugar como una deformación de la expresión inglesa correspondiente, en espera de encontrar algo que permita rebautizarlo—, Dzibanché, "escritura en madera", se llamó así porque se encontró un dintel de madera tallada con inscripciones. El descubrimiento del dintel es uno de los elementos que hace más emocionante la lectura del capítulo sobre Dzibanché porque nos ponemos en contacto con el quehacer del arqueólogo de una manera más cercana. Nalda narra que en 1927 el médico inglés Thomas Gann, arqueólogo aficionado, realizó un recorrido por el sur de Quintana Roo con el que descubrió Dzibanché y encontró el dintel labrado. Aunque hubo incursiones aisladas a sitios lindantes en años posteriores, nadie volvió a encontrar el dintel hasta el hallazgo del autor de este capítulo, en 1993, cuando comienza el proyecto arqueológico del sur del estado.

Dzibanché es el sitio más grande de la región, probablemente el que tuviera más importancia en términos políticos y religiosos, a su vez, está articulado con otros centros de población, hoy sitios arqueológicos, con los que se encuentra comunicado por sacbées o caminos prehispánicos.

La investigación del arqueólogo no se reduce sólo al rescate de estructuras y vestigios, sino que recorre el entorno geográfico y se analizan las posibilidades que ofrecía para sustentar a la población, se identifican las formas como se pudo haber dado la agricultura y los puntos donde se pudiera haber obtenido el abasto de los productos necesarios para la población. Según las evidencias encontradas en diferentes etapas de la investigación, se va definiendo el posible procedimiento de cultivo y qué cantidad de población realmente podría mantenerse con los recursos disponibles.

La investigación sistemática de Dzibanché y del grupo Kinichná es tan reciente como la pasada década, según los elementos que se van encontrando, se especula que fue poblado al menos desde el Preclásico Tardío, 300 a 250 antes de nuestra era, y por lo menos hasta el Clásico Tardío, año 1000 de nuestra era. El patrón de asentamiento y las funciones que se pueden atribuir a los edificios hacen pensar en un modelo de organización

diferente al que suponían las teorías previas sobre los mayas de la región, al parecer las funciones de culto y control político se diversificaban y no se centralizaron.

Este capítulo expone en detalle los avances de la investigación realizada en cada uno de los edificios encontrados y excavados, nos proporciona, además, los elementos de juicio sobre los que se basa el arqueólogo para hacer afirmaciones acerca de la cultura que trabaja. Es muy interesante ver que se crea un estilo realmente propio en la segunda mitad del Clásico, y apreciar los elementos que hacen pensar en la existencia de una seria crisis en el periodo llamado "colapso del Clásico", que lleva a una desacralización de los centros ceremoniales, al vandalismo y la ocupación como viviendas de los que fueron espacios sagrados.

Este capítulo deja claro el gran avance en el conocimiento de ésta zona, así como todo lo que falta por conocer. El trabajo de los arqueólogos se presenta como una apasionante aventura que requiere de largos periodos de gran dedicación.

"Chacchoben. Un sitio del Clásico Temprano en la región de los lagos", es presentado por María Eugenia Romero, quien hace evidente la importancia del centro ceremonial el cual necesita aún mucho trabajo en términos de excavación y, sobre todo, de investigación y análisis de los hallazgos realizados.

Aparentemente el trabajo sobre Cacchoben ha sido guiado y financiado sobre todo con el interés de abrirlo como zona turística de tal forma que los recursos obtenidos puedan significar un beneficio para el estado y, en particular para las comunidades vecinas. Esto significa que el presupuesto para la investigación ha procedido básicamente de recursos gubernamentales y federales y que se ha privilegiado el desmonte y reconstrucción por sobre otras labores de investigación arqueológica. Sin embargo, hay algunos avances interesantes que adelantan datos o lineamientos sobre los cuales será importante continuar la investigación del sitio.

Chacchoben, según la autora, fue un sitio eminentemente ceremonial, probablemente el más importante de la región llamada de "los lagos". Se calcula que debió estar poblado desde el Preclásico, con una ocupación máxima en el Clásico Temprano (300-600 d.C.) y que por sus funciones como centro ceremonial, continuó frecuentándose aún después de su desocupación total o parcial.

Existen vestigios de diferentes etapas de construcción en las diversas estructuras halladas, con una característica que llama la atención, presente también en otros centros de las regiones aledañas como Dzibanché, es la construcción de una estructura nueva sobre una anterior; la primera es prácticamente desmantelada porque se utilizan las piedras careadas que la cubren, para la nueva estructura. Esto torna difícil la investigación, y sobre todo la reconstrucción de las estructuras más antiguas.

En este sitio hay evidencias de contacto con el Petén y elementos que permiten hablar de intercambio con otros asentamientos de las regiones aledañas. De los elementos que se han encontrado y que se comienzan a analizar, destacan algunas muestras de cerámicas finas que tienen similitudes con las encontradas en Dzibanché. Sobre los estudios realizados hasta ahora por los investigadores mesoamericanistas de la universidad de

Tulane, en Nueva Orleans—aún cuando se tiene evidencia de la existencia del sitio y se reseña entre 1972 y 1977—, la exploración sistemática del sitio se inició realmente en 1994 y el artículo que se presenta es producto de esta etapa de investigación que aún continúa en proceso.

“Chakanbakán. Ciudad maya del territorio Cehache”, capítulo IV, en el que Fernando Cortés de Brasdefer describe las vicisitudes vividas en sus esfuerzos por proteger y estudiar el sitio que él mismo bautizó como Chakanbacán, “rodeado de sabana”.

Uno de los elementos que hicieron complicado el estudio de la región desde el inicio, fue la ausencia de ésta en la bibliografía correspondiente al periodo prehispánico, así como cualquier referencia que permitiera identificarla en los informes de quienes recorrieron la zona en distintos momentos del siglo XX, buscando ruinas mayas, describiéndolas y clasificándolas. El autor comenta que debido a su ubicación y magnitud, es imposible que haya sido vista; no obstante, en los reportes sobre la región no existen datos que permitan saber si alguien la visitó. Aunque es poco probable que no haya sido descubierta, ya que la pirámide más alta de Chakanbacán se ve desde el cercano poblado de Caobas. Sin embargo, los únicos indicios son la presencia de los saqueadores que hasta 1991, cuando se consigue ponerles un alto protegiendo el acceso al lugar, parece que entraban y salían libremente.

Es apenas en 1992 cuando se escoge a Chakanbacán entre 448 sitios arqueológicos del Bajo Petén (sur de Quintana Roo y Campeche), para realizar en él una investigación arqueológica sistemática.

En plena selva, rodeado de lagunas y cenotes, y poblado por una inmensa variedad de animales de especies comunes y exóticas, aparece la imagen del lugar fascinante y a la vez imponente para el trabajo de los arqueólogos, quienes deben acampar durante largos periodos en la selva al realizar sus investigaciones.

Fernando Cortés detectó el sitio y lo visitó en varias ocasiones, al realizar los levantamientos para el Atlas arqueológico de Quintana Roo y el de la península de Yucatán, este último realizado en 1984, pero no pudo entrar al centro de la zona porque el ejidatario poseedor del predio no se encontraba, en esa ocasión se detectó el saqueo y deterioro de las estructuras, y a partir de entonces se solicitó y logró la protección del sitio. Fue finalmente en 1993, cuando se inició el trabajo sistemático del proyecto arqueológico regional a cargo del inah, con el autor de este capítulo como titular de la investigación en la zona.

Entre 1993 y 1994 se mapearon 110 hectáreas y se detectaron más de 400 edificaciones de diferentes tamaños. A partir de los datos que desde entonces se han ido encontrando, el autor va concluyendo que el sitio hoy llamado Cakanbacán fue poblado desde el Preclásico Tardío (300-50 a.C.), probablemente por población migrante del Petén, con elementos de cultura maya incipiente y mucha influencia olmeca todavía.

En 1997 se termina el plano topográfico y se profundiza la investigación en las construcciones más importantes. Sin duda el descubrimiento más importante hasta la fecha es el llamado *Nohoch Balam*, una estructura piramidal con enormes mascarones estuca-

dos y rostros mitad humanos mitad jaguares, con fuertes rasgos olmecas. Aún no se sabe exactamente el sentido de estas representaciones, pero se puede observar que fueron modificadas en el Protoclásico y posteriormente cubiertas por una estructura superpuesta en el Posclásico Temprano, poco antes del abandono del sitio. Pese a que hay evidencias de que Chakanbacán fue abandonado en el periodo del llamado “colapso maya”, se continuó visitando este templo y se le hacían ofrendas en una estructura de materiales perecederos que se edificó en su cima, incluso aún después de que la selva comenzara a devorar la ciudad abandonada.

Se han encontrado evidencias de que fue un importante centro económico, político y religioso probablemente sometido a la autoridad política del cercano centro mayor de Calakmul, pero con posibilidades de realizar comercio por su cuenta con lugares tan distantes como Teotihuacan. Es mucho lo que falta por conocer e investigar en Chakanbacán, pero lo que se ha comenzado a hacer muestra un lugar verdaderamente apasionante en términos de riqueza natural —por el que se realiza un esfuerzo para su preservación—, así como cultural.

En el capítulo V, “Qxtankah. Investigación y conservación arqueológica del sitio”. Hortensia de Vega Nova, Francisca Rosas Sánchez y Teresa Ontiveros Ortiz, nos comparten algo de la historia reconstruida sobre la zona prehispánica mencionada, así como de las investigaciones realizadas en ésta. Mencionan la existencia de una capilla abierta colonial en las inmediaciones del sitio, que fuera considerada por algunos autores como evidencia del emplazamiento de la antigua Chetumal, que otros historiadores ubican en Belice.

A partir de las investigaciones realizadas en esta zona, muy cercana a la actual ciudad de Chetumal se pudo concluir que estuvo ocupada desde el Preclásico Tardío hasta el Posclásico Tardío, aunque hacia el final se conservaba escasamente poblado pero sólo como centro ceremonial.

En Oxtankah se han hecho interesantes descubrimientos de restos de cerámica y particularmente, numerosos enterramientos, algunos de ellos con indicios de prácticas rituales particulares, con ofrendas interesantes. Se encontró evidencia de que pudieron haberse realizado rituales propiciatorios con sacrificios humanos. Los descubrimientos de al menos 24 enterramientos hechos hasta ahora, aportan importantes conocimientos sobre los rituales funerarios, se deduce que se construían estructuras destinadas a ser sepulturas, donde los principales eran enterrados, además se ubicaban enterramientos de otros personajes en las escalinatas de acceso a los edificios.

## CONCLUSIONES

A lo largo de la lectura del libro, nos vamos introduciendo al mundo de la Arqueología en el estado de Quintana Roo, de una manera muy interesante. Por un lado, resulta cautivador saber de la enorme riqueza que tiene el estado, la gran cantidad de zonas que se han descubierto donde se comienza a trabajar, y las muchas por descubrir; sin embargo,

parece muy remoto que próximamente vayan a poderse atender por la escasez de recursos para este tipo de investigación. Es evidente que los trabajos realizados en cada lugar dependieron principalmente de los recursos con que han contado los investigadores, económicos y de apoyo institucional, y de sus intereses y formación profesional particular. Es imposible que en el poco tiempo que tienen los proyectos arqueológicos citados se puedan cubrir todos los aspectos en todas las zonas, pues es claro que se han atendido prioritariamente, los que tienen que ver con las capacidades o intereses particulares de quienes han estado a cargo de éstos.

El trabajo del arqueólogo se presenta como una gran aventura y como una labor minuciosa y compleja, que requiere de altos conocimientos y de un alto grado de dedicación. Es obvio, dadas las condiciones en que se ha desarrollado la investigación y los recursos que han tenido los arqueólogos, que cada uno sienta su zona de estudio como algo propio, que depende enormemente de él o ella en términos de su desarrollo profesional y su dedicación.

En una excelente edición, con abundantes fotografías que ilustran cada uno de los capítulos, con seriedad y sin un exceso de tecnicismos, se pone al alcance del público un conocimiento muy especializado.

Este libro nos pone ante un mundo apasionante de conocimientos adquiridos y transmitidos y de preguntas y elementos que surgen a partir de allí. Resulta muy clara la trascendencia de las investigaciones que los proyectos arqueológicos en el sur de Quintana Roo están llevando a cabo y sus aportaciones para conocer la historia prehispánica de esta región, así como para enriquecer los conocimientos sobre la cultura maya en general.